

EN LA CAMPAÑA NACIONAL 1856

En las historias contadas en las familias acerca de la Campaña Nacional contra los filibusteros, se recoge la participación directa de dos protagonistas: don Matías Sáenz Arias y don Ramón León Garita; herediano el uno y barveño el otro, ambos en la primera campaña en 1856. Un tercer personaje, pero algo más remoto, fue el sargento Nicolás Aguilar Murillo, también barveño, quien tuvo una destacada participación en la segunda campaña en 1856-57, dirigida a la captura de la Ruta del Tránsito.

Se conoce poco de los detalles de la participación de don Matías y especialmente de la de don Ramón en dicha campaña, excepto que ambos participaron en la batalla de Rivas el 11 de abril de 1856.

Respecto al papel de don Matías, su papel es confirmado en ciertos documentos que fueron recolectados para apoyar la solicitud que se hizo ante el Congreso, hacia 1902 para otorgarle el grado de general de brigada. Los detalles sobre cual fue su trayectoria, más allá de que fue brillante, no se indican sin embargo. Si bien en escritos de don Tranquilino y de don Carlos Luís Sáenz y en ciertas reminiscencias de sus hijas, se pueden rescatar ciertas de sus acciones, estas siguen teniendo un carácter disperso y no detallan las razones por las cuales recibió a tan corta edad un rápido ascenso en su carrera militar.

Menos aún conocemos de don Ramón. Por los relatos de familia, se conoce que en Rivas fue herido por una bala que rebotó, pero sin consecuencias peligrosas para él. Quedó sin embargo, todo el resto de la vida aquejado por cierta dificultad al hablar, debido a que la herida le impactó en la boca arrancándole una muela. Como muchos otros veteranos, recibió ya en avanzada edad una medalla (1897) por su participación en la campaña, pero estas se dieron a todos los veteranos de la guerra, sin distinción de dónde habían combatido.

Para tratar de subsanar esta falta de conocimiento sobre ellos, se ha buscado completar la información existente, con documentos en el Archivo Nacional y en otras fuentes, incluyendo un reciente libro sobre los soldados de la Campaña.¹ Los resultados de la búsqueda de documentos a permitido llenar varias de las lagunas del conocimiento sobre la participación de don Ramón y especialmente de don Matías. Dicha búsqueda sirvió también para obtener cierta información antes no sistematizada sobre el ejército costarricense después de la batalla de Rivas, que permite medir su capacidad de combate y de organización, así como comparar las bajas sufridas, con las de otros reportes. Esto último se presenta en el anexo.

En cuanto al enrolamiento en el ejército y la participación de don Matías en la Campaña, de parte de la familia contamos con los siguientes párrafos de don Tranquilino:

“Cuando Mora pidió el concurso del ejército para la defensa nacional, Heredia alistó el contingente de tropas que le correspondía enviar a la Campaña y en el fue enlistado como voluntario mi padre, joven inexperto y ganoso de

¹ Arias Sánchez, Raúl (2007), Los Soldados de la Campaña Nacional (1856-1857). Editorial UNED

aventura. Salió pues, con la Compañía herediana, sin que de tal resolución se apercibiera el Canónigo Ramón María González, quien como amigo del Presidente Mora, podía obtener de éste el licenciamiento inmediato del voluntario. Cuando el Canónigo quiso estorbar su marcha, ya el voluntario se había embarcado en Puntarenas, seguido el camino de las tropas que invadían a Nicaragua y en el Sapoá cuando los costarricenses al mando del mismo Presidente don Juanito cruzaban la frontera, conoció Mora a aquel voluntario como próximo pariente del Canónigo González y lo ascendió a subteniente con cuyo grado tomó parte en el combate de Rivas el 11 de abril de 1856, donde actuó como elemento importante entre el grupo de valientes que defendieron el parque, lugar donde empezó el tiroteo, por haber sido el sitio que atacó el cubano Machado, uno de los cuatro jefes de compañía con que Walker pretendió sorprender en su cuartel de Rivas al ejército costarricense, coparlo allí y hacer prisionero al mismo Presidente Mora y su Estado Mayor.

Mi padre, después de ese hecho de armas, regresó con las tropas que azotadas por el cólera volvían de Nicaragua. Las penalidades de aquella jornada fueron tales que los que regresaban diezmados por la guerra y la peste, consideraban milagrosa su salvación. A la noticia del arribo de la tropa las familias de los expedicionarios volaban a su encuentro, deseosos de ser los primeros en darles la bienvenida; pero aquella tropa de soldados mudos, descamisados, andrajosos, cubiertos de polvo y fatigados, no parecieron conocer a los que se les acercaban, las palabras cariñosas que se les dirigían quedaban sin respuesta; el mismo Gobernador don Rafael Moya quería estrechar la mano de sus amigos y no era atendido. La tropa desfiló silenciosa; algunos curiosos afirmaban: “¡Es que vienen mudos; ese Walker les ha cortado a todos la lengua; muera Walker!” Sin detenerse, la tropa rompe el grupo de curioso, pasa sin entrar frente al Cuartel de Armas y penetra en el templo al toque del tambor; todos se arrodillaron ante el crucifijo sagrado, entonaron el padre Nuestro y luego, fuera ya del lugar sagrado, dan rienda suelta al sentimiento hasta entonces comprimido, estrechan en sus brazos a los seres queridos que vuelven a ver y refieren con lágrimas ardientes, como en los mayores peligros han hecho voto de sobreponerse a todo sentimiento de cariño mientras no hayan dado gracias al Altísimo por haberles conducido salvos a su hogar.”²

Otra fuente, basada en reminiscencias de doña Lalá Sáenz Rojas, describía vívidamente las acciones de su padre en Rivas:

" ... ¿Fue en la batalla de Santa Rosa o en la de Rivas? Bueno, no me acuerdo bien; lo cierto es que el pelotón de soldados en que figuraba mi padre se encontraba en un grave aprieto; el parque estaba al terminársele, el peligro de verse cercado por los filibusteros era inminente, No había otro recurso de salvación que ir a pedir refuerzos al Estado Mayor. Sobre el hombro de un soldado, el comandante escribió un mensaje y se lo entregó a mi padre: "-Matías, vea si puede pasar y entregue esta nota; y que Dios le acompañe! "Mi padre tomó el papel, lo colocó entre los dientes, y a gatas atravesó el certero fuego de los filibusteros. Los refuerzos vinieron y la compañía se salvó. ³

² Sáenz, T. (1925) "Iniciación Histórica", manuscrito.

³ Elizondo, V. M. (1969), De mi Heredia de antaño, pág. 23. Citado también en Zúñiga, p. 48.

Como se indicó antes, en la presentación de méritos de don Matías enviada al Congreso en 1902, esta hace referencia solo de manera general a las actividades en las que él participó durante la batalla de Rivas. Buscando otra información, se logró obtener dos datos adicionales importantes.

Uno de ellos es particularmente relevante porque es firmado en Rivas y tiene fecha de 17 de abril de 1856, es decir a cinco días escasos del final de la batalla. Este es un humilde recibo por dinero, parte de un cuaderno formado por recibos similares emitidos a nombre de don Domingo Mora, tesorero del ejército en Rivas. Cada uno de los recibos corresponde a una unidad del ejército que recibió ese día su paga quincenal. Entre los 22 recibos hay uno hacia el final del cuaderno, que corresponde a la “Escolta del Parque”, formada por 16 hombres -3 suboficiales y 13 soldados, y esta está firmada por su capitán, Matías Sáenz (Ver anexo 1). Puede inferirse que sus servicios durante el combate debieron ser muy relevantes para que casi inmediatamente después lo ascendieran, dándole el mando de este pequeño pero importante destacamento. El “parque” en la jerga militar significa el almacén de municiones y pólvora del ejército; lo que implica que se le hacía responsable de cuidar lo más importante para la tropa: sus medios de combatir en los encuentros que se esperaba siguieran poco después de que el ejército se recobrara de la brutal batalla de 11 de abril!

Esos combates con los filibusteros no ocurrieron, porque escasos cuatro días después de firmar los recibos, don Matías y el resto del ejército se vieron enfrascados en una lucha mortal contra otro enemigo más efectivo que Walker: ¡la peste del cólera!

En pocos días más soldados cayeron enfermos y comenzaron a morir, que los que cayeron en la batalla de Rivas. El pánico cundió entre todos, oficiales y tropa, y el propio Presidente Mora comprendió que ante la incapacidad sanitaria para controlar la peste, era necesario regresar con el ejército a Costa Rica. Al principio, dado que el ejército estaba bien organizado, el retiro hacia San Juan, fue más o menos ordenado, llevándose a casi todos los trescientos heridos en Rivas. Sin embargo, el cólera se entendía con tanta rapidez y eran tan mortífero que en horas mataba a sus víctimas que iban cayendo a lo largo del camino, que pronto se perdió casi todo vestigio de disciplina militar y hubo necesidad de dejar en libertad a los soldados para que regresaran por sus propios medios: algunos fueron embarcados en buques que los esperaban en San Juan; otros tomaron el camino de regreso a Liberia. Unos y otros sufrieron grandes bajas y los que no murieron, llevaron el contagio de vuelta a Costa Rica.

Fue durante esta terrible retirada a la que hace referencia don Tranquilino en el segundo párrafo citado arriba, que don Matías volvió a desempeñar un papel destacado en la Campaña, aunque esta vez no en combate sino en el rescate de los enfermos que habiendo caído a la orilla del camino, no tenían como seguir a las tropas en retirada, o peor aún que habiendo perecido de la peste, no encontraban decente sepultura. Al General Cañas, comandante del ejército al haberse regresado los Mora a Costa Rica, le correspondió tomar las medidas para evacuar el ejército y mientras estas se retiraban, procuró dar alivio a los caídos.

Fue en estas tareas en las que don Matías volvió a destacar, como lo señala don Rafael Obregón:

"El General Cañas venía atrás de ese grupo, y con él una compañía de zapadores al mando del capitán Matías Sáenz; se detenían continuamente para atender a los enfermos que se hallaban en el camino, esperando que mejorasen o muriesen, abriendo zanjas para enterrar a los muertos, y amontonando fusiles y otros enseres a los lados del camino para recogerlos fácilmente más tarde".⁴

Posiblemente fue esa compañía la que llegó a Heredia y se abstuvo de hablar con sus familiares, hasta lograr dar sus gracias a Dios por haber sobrevivido el regreso. Todavía les quedaba sin embargo, enfrentar la espantosa mortandad que traían consigo, y que mataría a casi 9 mil coterráneos en los siguientes tres meses!

Aproximadamente un año y medio después, en octubre de 1857, el grado de capitán que le había sido dado en Rivas, fue confirmado y don Matías asumió el mando de una compañía de la milicia de Heredia. Ya sin embargo, no tendría un papel activo en la Campaña después de su regreso a Heredia. Eso no significó que no tuviera que enfrentar otros riesgos, y no solo con el cólera, ya que al poco tiempo de su regreso se casó!

Su distinguida participación en la Campaña fue recompensada, además de su ascenso a capitán, con una medalla al mérito distinguido que el Gobierno otorgó a todos los oficiales veteranos en enero de 1858. La medalla que recibió don Matías, este sin duda la consideró siempre como uno de sus mayores logros, y a su muerte pasó a manos de don Tranquilino, su hijo mayor. Este la conservó muchos años, pero en 1936, cuando se estableció en la Escuela Normal un museo histórico, la obsequió a esa institución. La figura siguiente, muestra un ejemplar de esta medalla, que fue exhibida en el Museo de Oro del Banco Central en 2019.



⁴ Obregón, Rafael (1956). La campaña del Tránsito (1856-1857), pág. 194.

ANEXO 1**ORGANIZACIÓN DEL EJERCITO EN RIVAS EL 17 DE ABRIL DE 1856**

Terminado el sangriento combate de Rivas, con la retirada subrepticia de las tropas filibusteras en la madrugada del 12 de abril, el ejército costarricense quedó dueño del campo pero con grandes bajas entre su personal. A pesar de que algunos oficiales ofrecieron salir en persecución del enemigo en retirada, el Presidente Mora quien estaba presente no autorizó esa acción.

Se han presentado argumentos en el sentido de que el ejército nacional había quedado dueño del campo de batalla, pero muy debilitado, por lo cual la victoria, sí la hubo, podría considerarse pírrica. Durante varios días, las tropas estuvieron recuperándose, enterrando a los muertos y cuidando de los muchos heridos. Sin embargo, antes de que el ejército realizara ningún movimiento ofensivo nuevo contra los filibusteros, a partir del 21 de abril, o sea diez días después de la batalla, aparecieron los primeros casos de cólera morbos entre los soldados, y en pocos días se extendió peligrosamente el contagio, obligando a Mora a tomar la decisión de regresar las tropas a Costa Rica.

La evacuación inicialmente ordenada (sólo se dejó a unos 15 heridos en Rivas que por su estado no podían moverse), se fue convirtiendo en un movimiento cada vez más desordenado, conforme las tropas continuaron infectándose unas a otras en la retirada primero a San Jorge y luego al Sapoa las que iban por tierra y a San Juan Sur las que iban a ser evacuadas por barco a Puntarenas. Los oficiales y soldados, ante la falta de un servicio médico que fuera eficaz, comenzaron a desertar, obligando al mando del ejército, ahora recaído en el General Cañas, por el regreso intempestivo de Mora a Costa Rica, a declarar la desbandada y el regreso de cada uno por sus propios medios. Esto significó que quienes caían enfermos no podían esperar que sus camaradas se quedaran cuidándolos, y muchos fueron cayendo a la vera del camino y sin auxilio.

Como ha sido relatado por varios autores con base en testimonios de algunos soldados, el retorno a Costa Rica y especialmente a las ciudades y pueblos del Valle Central de donde eran oriundos en su gran mayoría, fue un triste espectáculo: un ejército vencido por el cólera, y que trajo consigo el contagio, que en un espacio corto de dos meses causó cerca de 9,000 muertes en todo el país, antes de desaparecer casi con la misma rapidez con la que llegó. Esta epidemia tuvo enorme impacto en el país, tanto así que aún no se ha realizado un estudio detallado de los efectos sociales de la misma, más allá del recuento de los muertos.

Volviendo a la situación del ejército al finalizar la batalla, por la prisa con se evacuó Rivas y se regresó con el fatídico cólera matando todos los días más soldados que los que murieron en combate, es entendible que no se encuentren informes detallados del estado del ejército. Sin embargo, si hay al menos un documento que contiene datos que permiten reconstruir con bastante certeza la situación en los días siguientes al combate en Rivas.

Como todos los ejércitos organizados, el de Costa Rica estaba constituido por unidades militares especializadas –infantería, artillería, músicos, proveeduría, etc. Si bien el ejército estaba formado de milicianos voluntarios en su mayoría, en cambio los oficiales y los suboficiales eran casi todos veteranos, con largos años de experiencia. Los soldados recibían una paga regular, aunque la cantidad era pequeña (un peso cada

quincena). La tesorería del ejército si funcionaba correctamente tenía que cumplir con los pagos, o arriesgaba a que la tropa se desmotivara o incluso se sublevara si no recibía su paga.

En el Archivo Nacional, se encuentra un documento, o mejor dicho un conjunto de documentos que constituyen los recibos de pago de las diversas unidades del ejército en Rivas el 16 y 17 de abril de 1856, o sea 5 días después de la batalla. Estas fechas son además anteriores al inicio de la peste del cólera que comenzó en la semana posterior a la cual se emitieron dichos recibos. Esta información es de sumo interés porque permite conocer el estado del ejército entre el final del combate y antes del descalabro producido por el cólera que se mencionó arriba, e inferir de allí si su estado era tan crítico como para no permitirle regresar al combate con los filibusteros.

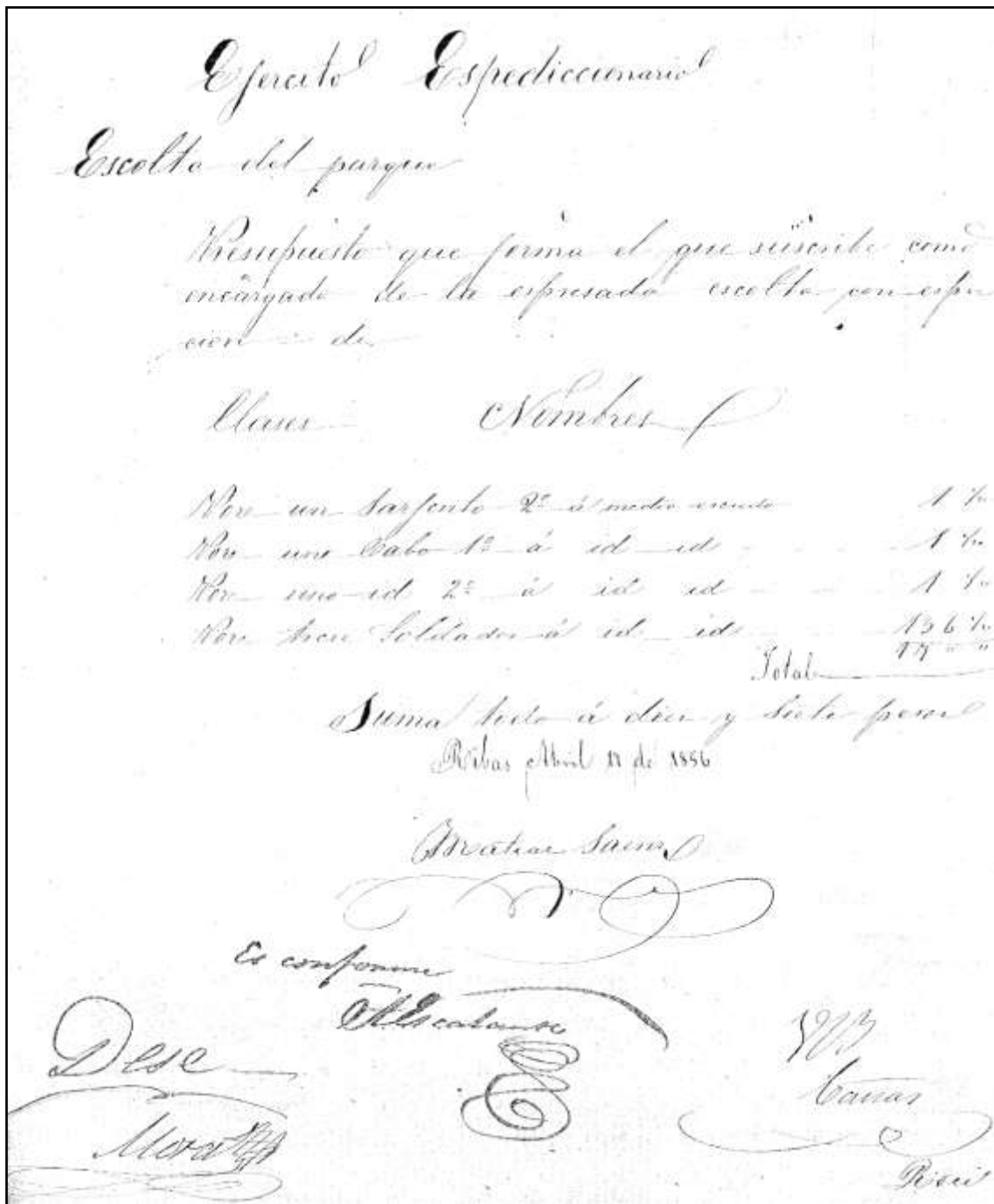
Este documento, que tiene la sigla del Archivo Nacional Guerra y Marina No. 8559, es además un auxiliar muy valioso para reconstruir la organización y fuerza disponible de cada una de las unidades en Rivas después de la batalla, además de indicar quiénes eran los oficiales jefes de cada una, y sus posibles superiores, dado que cada jefe de unidad debió elaborar y firmar un recibo por el dinero de la paga recibida por sus suboficiales y tropa, la cual a su vez era refrendada por la firma de su superior inmediato. La información, no permite sin embargo, conocer la composición de la oficialidad de cada unidad, porque esta recibía un pago por separado, posiblemente directamente de la tesorería del ejército. Otros documentos de la rama de Guerra del Archivo Nacional, sin embargo aportan datos que permiten reconstruir con buen grado de aproximación del cuadro de oficiales de las unidades, por la semejanza de funciones y organización.⁵

Las unidades de un ejército según su función tienden a ser constituidas de una manera estandarizada: tantos oficiales, tantos suboficiales, tanta tropa. El de Costa Rica no era una excepción. Al analizar los datos contenidos en los recibos de cada unidad el 16 y 17 de abril después del combate, los suboficiales y tropa pagada según los recibos, se entiende es la del personal efectivo en ese momento, excluyendo los que murieron o fueron heridos en combate. De otra manera el tesorero y los oficiales que firmaron los recibos estarían incurriendo en un falso, pues estarían aceptando fondos para pagar a soldados no presentes.

Aceptando el argumento anterior, si se compara el personal que efectivamente está recibiendo su paga ese día, con el que teóricamente debía estar en cada unidad, según los cuadros estandarizados del ejército, se estaría en condición de estimar cuantos hacen falta; es decir las bajas recibidas en la batalla del 11 de abril, cinco días antes. Como el intervalo entre el combate y el día de pago es muy corto, no habría habido tiempo de recibir refuerzos significativos para reemplazar las bajas en las unidades. Esto no significa que no se hubieran realizado modificaciones en las unidades existentes, como resultado del combate, pero estas parecen más bien se reflejan en que se establecieron o se designaron ciertas unidades con tareas especiales, a las cuales se hará referencia más adelante.

⁵ ANCR, Guerra No. 9974, por ejemplo.

Figura: Este es el recibo de la planilla correspondiente a la unidad Escolta del Parque, firmado por don Matías Sáenz, como comandante de la misma.



Fuente: ANCR, Guerra 8559.

En el cuadro a continuación se resume la información del documento Guerra No. 8559.
El análisis de la información allí contenida se realiza en párrafos subsecuentes.

Cuadro de la organización de unidades y su respectivo personal después de la batalla de Rivas del 11 de abril 1856.

Unidad Principal	Unidad operativa	Comandante	Número de oficiales	Número de suboficiales	Número de soldados
Estado Mayor del Ejército	Oficiales	Juan Rafael Mora Gral. J. Mora	15 est ⁶		
	Guardia	Capt. Rafael Oreamuno	2 est	11	25
Batallón Santa Rosa	Batallón	May. Clodomiro Escalante			
	3ra Compañía	Capt. Rafael Alvarado	4	13	73
	5ta Compañía	Capt. Manuel Alvarado	4	10	75
Batallón de la Guardia (**)	Batallón	Crnl. Lorenzo Salazar ¿? (***)			
	1ra Compañía	Capt. Fco. Joaquín Ortiz	4	12	61
	4ta Compañía	Capt. A. Calderón (*)	4	9	61
	6ta Compañía	Capt. Toribio Mora	4	8	60
Tercera División, 1er Batallón	Batallón	Crnl.. Juan Alfaro Ruíz			
	1ra Compañía	Capt. Rafael Caracay	4	14	88
	2da Compañía	Capt. José M. Oreamuno	4	15	73
	3ra Compañía	Capt. A. Angulo	4	14	68
	4ta Compañía	Capt. Rafael Rojas	4	14	66
Segunda División, 1er Batallón	Batallón	Maj. Fulgencio Ocaña (*)			
	1ra Compañía	Capt. M. Morales	4	13	81
	2da	Capt. Ml. Patiño	4	13	71

⁶ Los oficiales del Estado Mayor incluían a: Grl. Joaquín Mora, Grl. José María Cañas, Grl. José Manuel Quirós (+), Crnl. Salvador Mora (Comandante de la fuerza en San Juan Sur); Tnt. Crnl. Luciano Peralta., Tnt. Crnl. Pedro Bariller, Mayor Juan Estrada, Capt. Macedonio Esquivel, Capt. Alejandro Aguilar, Capt. Victor Guardia, Capt. Vicente Valverde, Capt. Zenón Mayorga, Capt. Joaquín Fernández, Capt. Miguel Granados (+)

	Compañía				
	3ra Compañía	Tnt. Miguel Prendas	4	12	61
	4ta Compañía	Capt. S. Lizano	4	13	71
	5ta Compañía	Capt. Fernando Oreamuno	4	32	64
	Compañía Suelta de Infantería	Capt. Federico Montiel	4	15	83
	Escolta del Parque	Capt. Matías Sáenz	1 est	3	13
Brigada de Artillería	Brigada	Capt. José Marín	2 est	4	41
	Sección	Tnt. Mercedes Sosey	1est	1	9
	Música Marcial	Capt. Manuel Ma. Olivares?	1		32
	Proveeduría	Capt. Manuel Borbón	1		23
	Arrieros y Ordenanzas	Macedonio Padilla	1	3	24
	Tesorería	Domingo Mora	1		
TOTAL			95	217	1145

Fuente: ANCR, G&M 8559. Presupuesto de personal del ejercito en Rivas abril 1856.

Notas:

(+) Murió en la batalla de Rivas. (*) Murió posteriormente de cólera

(**) El Batallón de la Guardia estaba alrededor del Estado Mayor el 11 de abril (Cronicas y Comentarios (1956), p. 128)

(***) El cuartel del Crnl. Salazar estuvo en una casa calle de por medio con el Mesón, en la cuadra norte de este. Obregón (1991), p. 133 y nota 44, p. 141.

El total de personal de acuerdo con los datos en el cuadro, suma unos 1,483 hombres, pero puede estar subestimando algunos puestos que no aparecen como los ordenanzas de los coroneles de las divisiones. En todo caso habían casi 1,500 hombre bajo armas el 17 de abril.

Una parte importante de los mandos superiores durante la batalla, murieron después de cólera, razón por la cual se les ha dado poca importancia. Tal es el caso del General José Manuel Quiró y del Mayor Fulgencio Ocaña, aunque no del Coronel Juan Alfaro Ruíz.

NOTAS GENERALES DE UBICACIÓN DE LAS FUERZAS EN RIVAS

1. SITUACION AL COMIENZO DE LA BATALLA: Ver Mapa p. 121 de Obregón (1991). El ejército, a pesar de advertencias desde el día anterior de la presencia de los filibusteros cerca de Rivas, fue tomado por sorpresa. Las unidades de los filibusteros entraron a la carrera a la ciudad y buscaron capturar al Estado Mayor –donde estaba el Presidente – atacando simultáneamente por el norte y sur de la plaza. Esta táctica fue efectiva en su mayoría pues llegaron a menos de 100 metros del Estado Mayor. No pudieron llegar a su objetivo, porque ciertos jefes y unidades se recobraron rápidamente y contraatacaron, parando a los filibusteros y poniendo en fuga al contingente de Machado (leonenses).

2. SITUACION DURANTE EL COMBATE: Por el lado norte del Mesón y la plaza se hicieron tres cargas para tratar de recuperar el cañón que tomaron al inicio de la acción los filibusteros, muy dispendiosas en vidas y sin sentido, porque aquellos no pudieron utilizarlo. Estas tres cargas fueron tácticamente de lo más costoso y menos útil. En cambio, el Gral. Cañas tomó el mando en la parte sur, donde después de rodear para evitar el Mesón, atacó la manzana sur de la plaza, conquistando varias casas excepto la de Cole en la esquina con la Iglesia que era la más fuerte y quedó en manos de los filibusteros. El Batallón Santa Rosa (y otras unidades) al mando del Mayor Escalante, que había salido a buscar a los filibusteros por el camino a Potosí, después de batir a los Leonenses en retirada por la muerte de Machado, atacaron por sorpresa a los filibusteros entrando por la esquina noroeste de la plaza. Estos dos ataques por el norte y el sur, fueron los que frenaron y obligaron después a los filibusteros a atrincherarse y no cargar nuevamente contra el cuartel del Estado Mayor.

3. REFUERZOS: La fuerza en la Virgen a cargo de Alfaro Ruiz y el Mayor Daniel Escalante llegaron a Rivas a las 4 de la tarde del 11 de abril. La fuerza de San Juan Sur a cargo del 2do comandante Mayor Máximo Blanco llegó a Rivas a las doce de la noche del 11 de abril. Obregón (1991), p. 131. Walker al darse cuenta de su situación que incluía que había perdido el elemento de sorpresa, que se enfrentaba a fuerzas superiores a las suyas, y que se encontraba sin parque –sólo les quedaban tres rondas de municiones según un filibustero presente – se retiró después de media noche, dejando a 15 heridos y varios filibusteros debieron huir al dejarlos atrás la falange.

4. EPILOGO: Hasta la madrugada del 12 de abril se dieron cuenta los costarricenses de la retirada del enemigo. Aunque algunos oficiales pidieron perseguirlos, el Presidente no autorizó esa acción. De hecho aunque el ejército quedó en posesión de Rivas, el efecto de la sorpresa, las grandes bajas (400 entre muertos y heridos) y la casi victoria de los filibusteros, debió pesar mucho sobre el ánimo del Estado Mayor. Para el 17 de abril cuando se realizó la paga de los suboficiales y tropa, la situación parece se había normalizado. Sin embargo, tan solo tres días después se desató el cólera, que se extendió tan rápido que en una semana debió abandonarse RIVAs y emprender la retirada a Costa Rica.